



## AVISO LEGAL

Capítulo de libro: El continentalismo latinoamericano

Autor del capítulo: Rivarola Puntigliano, Andrés

Título del libro: *Saber y teoría en el estudio del regionalismo latinoamericano*

Autores del libro: Briceño Ruiz, José; Morales-Fajardo, María Esther; Correa Serrano, Ma. Antonia; Rivarola Puntigliano, Andrés; Badillo Reguera, Jonatan; Meireles, Monika; Bobik Braga, Márcio; Figueiredo Alexandre G. de B; Quintero Rizzuto, María Liliana; Fernández-Guillén, Oscar Eduardo; Simonoff, Alejandro; Goulart Menezes, Roberto; Pasquariello Mariano, Karina L.

Colaborador del libro: Briceño Ruiz, José (coordinador).

ISBN del libro: 978-607-30-9180-0

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091800e.2024>

Trabajo realizado con el apoyo del Programa UNAM-PAPIME-PE304221

Forma sugerida de citar: Rivarola, A. (2024). El continentalismo latinoamericano. En J. Briseño (coord.), *Saber y teoría en el estudio del regionalismo latinoamericano* (77-101). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe; Ediciones y Gráficos Eón. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

- © Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.  
Av. México-Coyoacán, núm. 421 Colonia Xoco, Benito Juárez C.P. 03330  
Ciudad de México, México.  
Tel.: 55 5604 1204  
[administracion@edicioneseon.com.mx](mailto:administracion@edicioneseon.com.mx)  
[www.edicioneseon.com.mx](http://www.edicioneseon.com.mx)

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.

- © Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.  
<https://cialc.unam.mx>  
Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# EL CONTINENTALISMO LATINOAMERICANO

*Andrés Rivarola Puntigliano*

## **Introducción**

Al igual que en otros conceptos relacionados con dimensión territorial y geográfica donde habitan sociedades humanas, elementos de “invención” y “mitología” están detrás de lo que se define como un “continente”.<sup>1</sup> Se podría decir que los “continentes” son como “islas del mundo” asociadas a un gran espacio territorial, en relación con un mundo más amplio. Más allá de mitologías y subjetividades, una delimitación geográfica distingue, por ejemplo, “continentes” de “regiones”. Una “región” puede ser igual a un continente respecto a “gran dimensión” territorial, pero un “continente” sólo puede existir dentro del marco territorial de una “isla mundo”, es decir, un espacio territorial de “gran dimensión” rodeado de agua, entre mares y océanos.

Si bien el concepto “continente” tiene sus raíces en la antigüedad, el uso orientado hacia a lo que podría llamarse la visión geopolítica e ideológica de “continentalismo” es algo más reciente. Esto está vinculado a la proyección de Estados hacia un territorio particular, geográficamente delimitado, asociado a una “isla mundo” de gran dimensión te-

<sup>1</sup> Martin W. Lewis y Karen E. Wigen, *The Myth of Continents. A Critique of Meta-geography* (Berkeley: University of California Press, 1997).

ritorial. Australia, por ejemplo, cumple los requisitos de “isla”, pero no se acerca a la “gran dimensión” con respecto a territorio y población que tienen las “islas mundo”. En lo de “mundo” existe un elemento de poder con miras globales. En otras palabras, una “isla mundo” es la que tiene la capacidad, en términos de población y dimensión territorial, de jugar por sí misma (sin precisar un imperio ultramarino) un papel predominante en el sistema global de unidades geopolíticas. Si bien las civilizaciones premodernas podían tener grandes dimensiones territoriales, su control real del territorio dentro de los límites continentales era limitado. Tampoco había una clara noción de sus límites con respecto a una geografía global. Esto vendrá en tiempos más modernos, con el avance de la tecnología, la disciplina geográfica y la creciente territorialización del poder económico, político y cultural.

Un ejemplo de “continentalismo” moderno, ya usando el concepto “continente”, fue el “sistema continental” impuesto por el emperador Napoleón Bonaparte a principios del siglo XIX. Este sistema contenía medidas políticas y económicas dirigidas a los territorios de Europa occidental dominados por Francia, pero con una proyección de dominio de la “isla” euroasiática. Posteriormente, el continentalismo formó parte de los ideales alemanes de proyección nacional. Según el influyente economista político Friedrich List, la “política continental” era un paso más elevado en la política de un Estado. Se refería al proyecto de unión de naciones bajo leyes comunes, logrado mediante la mayor igualdad posible entre las más importantes naciones. En esto radicaba el deseo de construcción de una civilización, buscando prosperidad e industria mediante la conversión de las antipatías y conflictos existentes, en simpatía y armonía.<sup>2</sup> La economía moderna era vista por List como una herramienta indispensable, al igual que el control de recursos y rutas comerciales; y cuando el poder marítimo, o talasocrático, estuviera fuera del alcance, los Estados podrían volverse hacia una proyección continental a través de la unión de naciones continentales. Sólo por

<sup>2</sup> Friedrich List, *The National System of Political Economy* (Londres: Longmans/Green & Co., 1909) [Original 1841], 277.

unión de naciones, decía List, “es posible constituir una nacionalidad comercial manufacturera y agrícola de primer magnitud”.<sup>3</sup>

En consonancia con la predicción de Alexandre de Tocqueville, de mediados del siglo XIX, el ideal “continental” se volvía realidad en los Estados Unidos de América. De igual manera en Rusia, donde el potencial de control de recursos naturales y humanos estaba vinculado a la construcción de un espacio estatal en una gran masa territorial, con proyección continental; y en el caso de los Estados Unidos, también con un potencial industrial y tecnológico creciente. Fue en parte la gran expansión de estos Estados lo que mostró el camino hacia lo que el geógrafo político alemán Friedrich Ratzel identificó como el “impulso histórico hacia la construcción de Estados cada vez más grandes”.<sup>4</sup> La conexión entre territorio, economía y nación atrajo a académicos y políticos de Europa continental y los países nórdicos a la búsqueda de formas de entender la organización social y evolución de las civilizaciones. En el caso de Ratzel, avizorando la dimensión continental como la plataforma territorial para los Estados dominantes en el futuro.

Había, además, intención de explorar formas de progreso de Estados marginados por nuevas y viejas potencias. Me refiero al poder talasocrático del (todavía dominante) imperio británico a través de los mares, a la creciente influencia de Estados Unidos y a la ambición rusa de hegemonía continental. Contra esto, se proyectaban visiones y estrategias con mirada global para países con posición periférica, que en cierto momento eran todos con respecto a la potencia industrial y marítima de Gran Bretaña. Esto condujo a la elaboración de “estrategias continentalistas” que pueden ser vistas como geopolíticas en acción. Si bien la literatura especializada sobre estos temas refiere generalmente a expertos, políticas y pensamiento de Europa o Estados Unidos, existe también una larga trayectoria de pensamiento desde América Latina. El objetivo de este capítulo es mostrar las raíces del pensamiento

<sup>3</sup> List, *The National...*, 284-329.

<sup>4</sup> Friedrich Ratzel, “The Laws of Spatial Growth of States”, en R. E. Kasperson y J. V. Minghi, *The Structure of Political Geography* (Chicago: Adline Publishing Company, 1969), 28.

“continentalista” en América Latina, así como evaluar su proyección hasta la actualidad.

### **Raíces del pensamiento continental americano**

La proyección continental del pensamiento político y económico en América dio sus primeros pasos en la delineación geográfica de Amerigo Vespucci (1454-1512), de un territorio continental posteriormente nombrado y visible en el mapa mundial de Martin Waldseemüller de 1507. Esto abrió la puerta a la diferenciación entre el *terrario orbis* del *orbis alterium*, lo que lleva a la idea del *mundus novus*, identificado como América en honor a Vespucci.<sup>5</sup> Aunque no se usara la palabra “continente”, la percepción de este *mundus* como una nueva ‘isla del mundo’ se convirtió en parte de la formulación de políticas y la proyección estratégica para el establecimiento de nuevas civilizaciones. Ese fue particularmente el caso de España, dada la gran extensión de sus asentamientos, de norte a sur del continente americano. Cuando el proyecto de colonización tuvo que ser protegido de los avances de potencias rivales (europeas e indígenas), las autoridades españolas se vieron obligadas a adquirir una “mirada continental”. Como explica John H. Elliott,<sup>6</sup> la escala de la conquista y los requerimientos organizativos eran demasiado grandes y los recursos del continente demasiado valiosos, para que la corona permaneciera indiferente a las formas en que esos recursos eran explotados y desarrollados. De esta forma, la colonización se expandió hacia el sur, a modo de asegurar los hallazgos de plata en Potosí en 1545. Esto conllevó a la colonización del Río de la Plata y a la posterior consolidación territorial mediante la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776. Lo mismo sucedió en Norteamérica,

<sup>5</sup> Edmundo O’Gorman, *La invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (México: FCE, 2003 [1958]), 126-135.

<sup>6</sup> John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830* (Madrid: Taurus, 2006), 22.

a modo de defender la plata de Zacatecas y el estratégico Virreinato de Nueva España, empujando las fronteras hacia Texas, Florida y, más tarde, hacia la costa pacífica del continente, llegando a California.

En el caso de Portugal, su alcance territorial en América había sido, hasta mediados del siglo XVI, fundamentalmente atlántico, enfrentando tanto a las naciones indígenas como a los franceses. Las cosas cambiaron con la integración de las coronas española y portuguesa a través de la Unión Ibérica en 1580. El gobierno pasó a manos del rey español Felipe II (1527-1598), quien también se convirtió en rey de Portugal con el nombre de Felipe I. Las posesiones ibéricas, ahora unidas, controlaban la mayoría del continente americano, incluidas sus conexiones transoceánicas a través del Pacífico con las Filipinas españolas, y a través del Atlántico, hacia las posesiones africanas de Portugal, así como a lo largo de la ruta hacia la India.

Un resultado históricamente relevante de esta unión fue la eliminación de la antigua frontera entre España y Portugal, sancionada por el Tratado de Tordesillas en 1494. Para Portugal, significó que la América española:

[se] abría al comercio portugués, aunque Brasil permaneció como un mercado monopolista portugués. Esto significó nuevas posibilidades para los comerciantes portugueses, que obtuvieron un acceso más fácil a la plata hispanoamericana y a la ruta comercial transpacífica española entre Manila y Acapulco. También, hubo un estímulo para una mayor migración a través de las antiguas fronteras.<sup>7</sup>

Este fue el comienzo del *drang nach westen* brasileño, una idea de gran importancia geopolítica en el proceso de formación del actual Estado-nación brasileño, y un marco continentalista para la expansión nacio-

<sup>7</sup> Andrés Rivarola Puntigliano y José Briceño-Ruiz, *Brazil and Latin America: Between the Integration and Separation Paths* (Lanham/Maryland: Lexington Books, 2017), 7.

nal.<sup>8</sup> Los portugueses pretendían crear un punto de apoyo en el Río de la Plata, con el objetivo de una mayor expansión hacia el oeste, llegando a las minas de plata en los Andes y conectando la costa portuguesa americana con la puerta al Océano Pacífico.

Una diferencia entre Portugal y España fue que, para el primero, el marco de acción “continental” era América del Sur, mientras que, para el segundo, era todo el continente americano. Un factor común era que el ámbito “continental” e incluso “nacional” tenía elementos que llevaban más allá de las fronteras de los Estados, entre otras cosas, debido al papel transnacional e internacional de la Iglesia católica a través de todo el continente, incluyendo también los territorios franceses y británicos. Mucho de esto lo veremos hasta nuestros días.

### **Independencia y continentalismo**

La dimensión continental tuvo continuidad durante la crisis de los imperios ibéricos a finales del siglo XVIII y durante todo el proceso de independencia. El Imperio español tenía toda la intención de mantener su territorio americano, que alcanzó su máxima extensión territorial en 1783, tras el Tratado de París cuando España adquirió Luisiana y recuperó Florida. El Caribe se convirtió aquí en un *mare nostrum* español. España impulsó planes de asentamientos, alianzas con naciones indígenas y nuevas fortificaciones. Intentaba oponerse al avance de Estados Unidos por el oeste, así como de británicos y rusos por el norte.

En el Sur, el objetivo también era la consolidación territorial y asegurar fronteras. La fundación de Montevideo en el Río de la Plata en 1724 y afianzar la posición en las islas Malvinas son dos ejemplos. Un tema importante era evitar nuevos conflictos con los portugueses, substituyendo al ya obsoleto Tratado de Tordesillas (a partir de la Unión Ibérica). Un paso en esta dirección fue el Tratado de Madrid en 1750 y el tratado posterior de San Ildefonso en 1777 (el primero de tres).

<sup>8</sup> João Pandiá Calógeras, *A Política Exterior do Imperio*, vol. 1 (Brasil: Senado Federal, 1998), 155-159.

Esto no puso fin a los conflictos, pero significó la creación de nuevas herramientas institucionales para el diálogo y la convivencia pacífica. El espíritu de la Unión Ibérica nunca abandonó realmente las visiones de unión y expansión entre las élites de habla hispana y portuguesa, cuyas relaciones estaban más marcadas por una cuidadosa maniobra diplomática que por conflictos abiertos. Cuando el imperio español estaba en su crisis terminal, enfrentándose a movimientos revolucionarios en América del Sur, los portugueses equilibraron sus deseos expansivos con el apoyo de los españoles. Uno de los planes en este momento era contrarrestar el avance republicano, así como la creciente influencia regional británica. Esto sería una especie de unión ibérica en forma de reino (continental) suramericano.

La “perspectiva continental” americana se abrió por la necesidad de cooperación entre los nuevos Estados independientes (americanos), debido a conflictos con los imperios europeos y temores sobre su intervención en el territorio. De hecho, los primeros impulsos en establecer la nueva “perspectiva continental” (americana) independiente vinieron de las antiguas colonias británicas de América del Norte. Una particularidad del caso norteamericano fue su abierto enfoque “continental”, dándole primacía al concepto mismo que aparece en una de sus primeras manifestaciones institucionales, el “Congreso Continental” de 1776. Rodeado de grandes potencias, y con una fuerte ansia de supervivencia y autonomía, el ‘tamaño’ y el *leif motiv* expansionista, se convirtieron en piedra angular de la construcción de un Estado que adoptó un nombre muy peculiar. El nombre ‘Estados Unidos’ señalaba la integración de Estados separados y “América”; el *lebensraum* geopolítico (territorial) necesario “para la ampliación, el enriquecimiento y el fortalecimiento de la Unión”.<sup>9</sup> El mundo “continental” estaba relacionado en parte con los británicos, que referían a América como ‘el continente’. Sin embargo, en la época del movimiento independentista norteamericano, había también entre los colonos una creciente “conciencia continental”. En otras palabras, existía una proyección geopolítica de su *lebensraum*,

<sup>9</sup> Edmund Cody Burnett, *The Continental Congress* (Nueva York: The Macmillan Company, 1941), 223.



más allá de su territorio actual, lo que se expresó más tarde a través de la idea de un ‘Destino Manifiesto’ hacia todo el espacio continental norteamericano. En 1823, ya con instituciones nacionales consolidadas, el alcance del ‘Destino Manifiesto’ se amplió hacia todo el continente, lo cual se expresó por medio de la Doctrina Monroe. Esta dimensión continental americana parecía poco realista en aquel momento, como lo fue en 1776 la norteamericana. En este caso, con “destino” de expansión hacia el oeste, en el de la Doctrina Monroe, marcando el “destino” continental de la política exterior estadounidense, al condicionar la intervención de otras potencias sobre territorio continental americano.

Respecto al movimiento independentista hispanoamericano, uno de los antecedentes más conocidos de esta vertiente del continentalismo fue el venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), quien abogó por la unión de todas las antiguas colonias hispanoamericanas en una confederación de Estados. En 1806, proclamaba la unión de los ‘pueblos del continente colombiano’ y proponía un ‘congreso continental’ en el istmo de Panamá.<sup>10</sup> Posteriormente, Simón Bolívar (1783-1830) hizo eco de esta propuesta y convocó a los nuevos Estados que se independizaban del imperio español a conformar una liga en lo que denominó ‘Congreso Anfictiónico’, realizado en Panamá en 1826.

La piedra angular de esas iniciativas fue la idea de que el continente americano era una parte singular y autónoma del sistema internacional, diferente de Europa. A pesar de los profundos desacuerdos con Miranda,<sup>11</sup> Bolívar compartía la preocupación por el mantenimiento de la unidad después de la independencia. Conocía las ambiciones españolas, francesas y británicas de controlar las nuevas naciones independientes, y sospechaba del interés de Estados Unidos en controlar los recursos de América Latina. Sin embargo, en algún momento, los

<sup>10</sup> Carmen L. Bohórquez Morán, *Francisco de Miranda. Precursor de las Independencias de la América Latina* (Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2006), 355.

<sup>11</sup> Julio Londoño, *La visión geopolítica de Bolívar* (Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General, 1950), 11-13.

ideales de Bolívar también tuvieron un alcance continental global. Los documentos del Congreso Anfictiónico estipulaban, por ejemplo, que el nuevo orden continental “sentaría las bases de un sistema que, a la larga, abarcaría a todos los países del mundo”.<sup>12</sup>

El Congreso no tuvo éxito, pero se convirtió en acervo e inspiración para los esfuerzos posteriores por crear vínculos comunes entre los Estados. En relación con los Estados de habla hispana, significó un primer paso hacia la idea de una nación de naciones. Por el lado del Imperio de Brasil, ahora independiente, se dejó de lado el proyecto de un reino suramericano. Sin embargo, apareció la dimensión continental en otro formato. Tras la independencia, el ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno imperial, José Bonifácio, propuso un proyecto de “solidaridad continental” americana para la promoción comercial y defensa mutua.<sup>13</sup>

### **El retorno del “continentalismo”**

Tras el fracaso de Panamá, la región hispanoamericana inició un proceso de fragmentación que condujo a la formación de los actuales Estados nacionales. Aunque sobrevivieron ideales “continentalistas”, no fue suficiente para contrarrestar la balcanización del antiguo imperio español. Sin embargo, persistieron algunos “instintos continentalistas”, por ejemplo, cuando las repúblicas hispanoamericanas se enfrentaron a agresiones de potencias europeas y de Estados Unidos. Dos intentos de aunar fuerzas fueron el Primer Congreso Americano en Lima en 1847 y el segundo en Chile en 1856. El caso de Brasil fue diferente, ya que el país logró mantenerse unido durante todo el proceso inde-

<sup>12</sup> German A. de la Reza, *El Congreso de Panamá de 1826 y otros ensayos de integración latinoamericana en el siglo XIX* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2006), 38.

<sup>13</sup> Germán A. de la Reza, *El ciclo confederativo. Historia de la integración latinoamericana en el siglo XIX* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos Fondo Editorial, 2012), 78.

pendentista. En este caso, el continentalismo no era un “instinto”, sino una dimensión consciente respecto a mantener unido su vasto territorio nacional, dándole continuidad al imperio, así como al aparato burocrático portugués.

En el caso de los Estados de habla hispana, después del fracaso de Bolívar y sus partidarios, el resurgimiento de una “conciencia continental” creció desde abajo. Luego de la fallida independencia de Cuba debido a la intervención de Estados Unidos y a la toma de Puerto Rico, cobró fuerza un movimiento de intelectuales y personalidades culturales que defendían las propuestas bolivarianas y promovían una nueva nación del continente americano: América Latina. Se suele mencionar a José Martí (1853-1895), José Enrique Rodó (1871-1917) o Manuel Ugarte (1875-1951) como inspiradores políticos e intelectuales de este movimiento; pero en relación con la dimensión “continental”, se hace referencia especialmente al intelectual argentino Manuel Ugarte, escritor prolífico e influyente en la promoción explícita del continentalismo latinoamericano como agenda política, de donde proviene el concepto “Patria Grande”, referido a la América Latina.

Como planteaba Ugarte, lo que más les había hecho daño a los latinoamericanos era su propia noción de nacionalidad, ya que no habían comprendido que por encima de los intereses del grupo estaban los de la madre patria, América Latina. En esta línea, defendió tanto una “conciencia continental” como un “patriotismo continental”.<sup>14</sup> A diferencia de Martí, Rodó y otros expertos de la época, el ámbito nacional-continentalista de Ugarte incluía a Brasil, dado que, dijo: “Brasil es parte de Hispanoamérica y su destino como nación es inseparable del resto del continente”.<sup>15</sup>

Otro “continentalista”, contemporáneo de Ugarte, fue el peruano Francisco García Calderón (1883-1953), quien también siguió este camino al escribir sobre las democracias latinas y la creación de un “continente” que se sustentaría en valores comunes (democracias), una raza (americana) y un *zollverein* (unión aduanera), lo que aseguraría

<sup>14</sup> Manuel Ugarte, *La Patria Grande* (Madrid, Internacional, 1922), 18-21.

<sup>15</sup> Ugarte, *La Patria...*, 25.

la industrialización. Ugarte estaba en la misma línea en materia de política económica, pero se adelantó a otros al formular claramente la necesidad de crear un nuevo Estado: los Estados Unidos del Sur. El elemento común entre todos ellos era considerar a América Latina un “nacionalismo fraccionado” que sólo a través de la (re)unificación podría asegurar el progreso y enfrentar a las grandes potencias. Existía una fuerte conexión con los ideales de Bolívar, pero añadiendo un nacionalismo de aspiración continental: el “latinoamericanismo”. En términos estrictamente geográficos, América Latina es una región, no un continente. Sin embargo, se asocia generalmente a una dimensión “continental”, algo que merece un análisis más atento.

### **Continentalismo y geopolítica**

Durante el siglo XX, el continentalismo fue parte de la “geopolítica latinoamericana de la integración”. Uno de los primeros pasos en este sentido fue el trabajo del diplomático español Carlos Badía Malagrida,<sup>16</sup> quien realizó una de las primeras proyecciones de carácter geopolítico. Probablemente porque realizó su estudio a principios del siglo XX, no estaba familiarizado con la obra del sueco Rudolf Kjellén, de donde proviene el concepto “geopolítica”. Sin embargo, Malagrida (como Kjellén) encontró inspiración e ideas en la obra de quien fuera antecesor al pensamiento geopolítico, el alemán Friedrich Ratzel, que ponía énfasis en la dimensión territorial en la estructuración de sociedades y naciones. Otro elemento importante en Badía Malagrida es que retomó las visiones bolivarianas mencionadas anteriormente, vinculándolas con la disciplina (en aquel momento) moderna de “geografía política”. Asimismo, destaca en su trabajo la importancia que le dio a la construcción de una nueva fundación “supernacional” para la proyección de la confederación hispanoamericana. A pesar de que Badía Malagrida rechazaba el concepto de “América Latina”, incluía a

<sup>16</sup> Carlos Badía Malagrida, *El factor geográfico en la política sudamericana* (Madrid: Instituto Editorial Reus, 1946).

Brasil como parte esencial en su proyecto (bolivariano) de confederación hispanoamericana.

Este estudio fue ampliamente leído en toda la región, inclusive en Brasil, a pesar del sesgo español de Malagrida. Brasil había sido, probablemente, el país latinoamericano donde la “conciencia geográfica” estaba más institucionalizada entre las élites de comandos del Estado, combinada tempranamente con ideas modernas sobre geografía política y geopolítica.<sup>17</sup> El vínculo más específico con la geopolítica se dio en la década de 1930, a través del geólogo brasileño Everardo Backheuser, quien recomendó la consolidación interna del espacio nacional, dando un papel central al Estado.<sup>18</sup> Se enfocó principalmente en una perspectiva brasilera, abriendo la puerta al trabajo de Mario Travassos, quien enfatizó más directamente en el “continentalismo” desde las proyecciones estratégicas brasileñas.<sup>19</sup> Como se planteó anteriormente, el continentalismo brasileño tiene raíces en el imperio portugués, pero fue continuado bajo el liderazgo del Ministro de Relaciones Exteriores, José Maria da Silva Paranhos Júnior, conocido como el Barón do Rio Branco (1845-1912), en la transición del Imperio a la República a fines del siglo XIX. Con Rio Branco, se retomó la visión estratégica con prioridad en la proyección brasileña hacia el espacio continental suramericano, así como un alineamiento prioritario a lo que se conoció como el ABC, vale decir, una alianza entre Chile, Argentina y Brasil. Esto se vinculó posteriormente a una perspectiva geopolítica moderna durante los gobiernos de Vargas, entre las décadas de 1930 y 1950. Sin embargo, si bien el continentalismo suramericano ha sido el dominante,

<sup>17</sup> Carlos de Meira Mattos, “A Geopolítica Brasileira-Predecessores e Geopolíticos”, en *O General Meira Mattos e a Escola Superior da Guerra* (Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, 2007), 14.

<sup>18</sup> Everardo Backheuser, *Curso de Geopolítica Geral e do Brasil* (Rio de Janeiro: Gráfica Laemmert Limitada/Ministerio da Guerra/Biblioteca do Exército, 1948); Everardo Backheuser, “A Política e a Geopolítica, segundo Kjellén”. *Boletim Geográfico* X, núm. 110, (Rio de Janeiro: 1952 [1925]).

<sup>19</sup> Mario Travassos, *Projeção Continental do Brasil*, 4ª ed. (São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1947).

se pueden observar otras dos perspectivas continentales que también coexisten entre las perspectivas brasileñas: la Panamericana y la Latinoamericana. La primera con raíces en Bonifacio, pero continuada en el apoyo de Brasil a las iniciativas estadounidenses de institucionalizar el espacio americano. Cabe nombrar particularmente la participación de Brasil en la iniciativa de crear una Unión Panamericana en 1889.

En los países de habla hispana, es en Argentina donde existió un pensamiento geopolítico más temprano y prominente; había una gran influencia del pensamiento continentalista de Ugarte que nutrió un “movimiento revisionista” de la historia argentina y regional, y ganó gran influencia desde la década de 1940, incluso dentro de sectores de las fuerzas militares. Todo esto llegó al joven oficial Juan Domingo Perón (1895-1974), quien se convirtió, a mediados del siglo XX, en un destacado político e intelectual. Su cosmovisión fue también influenciada por Ratzel, al igual que por las nuevas perspectivas geopolíticas provenientes de Brasil. En esta línea, Perón dio pasos definitivos hacia una “conciencia geográfica” argentina y latinoamericana, dentro de un marco geopolítico. Desde la primera presidencia (1946-1955), su política exterior siguió un rumbo “continentalista”, encaminado al objetivo estratégico de conformar los Estados Unidos de América del Sur.<sup>20</sup> Entendió que el desarrollo argentino dependía de un fortalecimiento del eje argentino-brasileño, así como de la superación de lo que Badía Malagrida veía como la “condición fatal” de la barrera andina,<sup>21</sup> lo que implicó una mayor integración con Chile y los países andinos.

La perspectiva estratégica de Perón se hizo en términos “continentales”, siendo quizás el primero en formular la construcción de un “Estado continental” como imperativo para lograr un desarrollo autónomo de los países de la región. Difería con Malagrida en el objetivo de crear una Confederación de Estados Hispanoamericanos. Según explica

<sup>20</sup> Juan Domingo Perón, *Los Estados Unidos de América del Sur* (Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2008).

<sup>21</sup> Badía Malagrida, *El factor geográfico...*

Alberto Methol Ferré,<sup>22</sup> la visión latinoamericana de Perón era ambigua y, fundamentalmente, referida al marco nacional. En lo geopolítico, el objetivo era crear los Estados Unidos de Suramérica, centrado en una alianza estratégica con Brasil. El argentino Domingo Faustino Sarmiento<sup>23</sup> había propuesto, anteriormente, la creación de los Estados Unidos de Suramérica, pero en ese caso refiriéndose al Cono Sur, con centro en Argentina, no en la dimensión geográfica suramericana. Como explica Alberto Methol Ferré, las propuestas de Perón iban en línea con el pensamiento del coronel argentino José María Sarobe, cercano a Vargas y a la geopolítica brasileña. Sarobe proponía la prioridad estratégica de unión con Brasil, afirmando que las complementariedades en las economías del Brasil y Argentina eran tan importantes que el comercio entre ambas naciones se podía considerar el eje de todo el plan integracionista suramericano. Estaba aquí también presente la idea de la “unión aduanera” del sur, fundamentada desde lo económico por el economista argentino Alejandro Bunge (1880-1943) desde comienzos del siglo XX. En Perón, estos planteos, en conjunto, se transformaron en una dimensión continental suramericana que para él representaba “el único marco geopolíticamente viable”<sup>24</sup> para el desarrollo.

Hubo también otros continentalistas influyentes, como el general Juan E. Guglielmelli, quien marcó distancia de otros geopolíticos al señalar la existencia de una “insularidad peninsular” argentina. En opinión de Guglielmelli, los contextos cambiantes y las demandas de desarrollo requerían el fortalecimiento de la economía nacional, la autonomía y el potencial de defensa. Según él, esto no sería posible sin una “vertebración continental” y una relación más cercana con Brasil,

<sup>22</sup> Alberto Methol Ferré, *Los Estados continentales y el Mercosur* (Casa Editorial Hum. B, 27 de septiembre de 2013), 113

<sup>23</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Argirópolis*, en Elaleph.com, 2008 (original 1850), 133. En <[<http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/argiropolis%20\(1\)>](http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/argiropolis%20(1))>.

<sup>24</sup> Methol Ferré, *Los Estados...*, 133

para lo cual sugería una unión con Chile.<sup>25</sup> Gugliamelli tuvo una influencia importante en las políticas aplicadas por el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), pero ésta se perdió tras un golpe militar en contra, con prioridades geopolíticas cambiantes entre las fuerzas militares.

Otro apoyo a la política continentalista fue el de Felipe Herrera (1922-1996), ministro del presidente chileno Carlos Ibáñez del Campo (en 1953) y primer presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, quien tenía un punto de partida sistémico, argumentando que en la era de los Estados continentales la nación latinoamericana fragmentada debía unirse para convertirse en soberana.<sup>26</sup> Su contribución fue una convergencia con el enfoque continentalista geopolítico, con la economía política moderna y la visión orientada al desarrollo, al aducir que la integración era “un fenómeno político económico, tanto en sus objetivos como en sus procedimientos”.<sup>27</sup>

En relación con lo más estrictamente geopolítico, se debe señalar el trabajo del coronel José Felipe Marini, quizás el primero en identificar en términos geopolíticos una “geopolítica de integración” latinoamericana.<sup>28</sup> Posteriormente, también es importante mencionar a dos geopolíticos uruguayos, Bernardo Quagliotti de Bellis y, especialmente, a Alberto Methol Ferré, quien es posiblemente el que formula más claramente al continentalismo latinoamericano, y reintroduce ideas de Perón en un marco ratzeliano a través del cual defendió la integración regional y el camino hacia un “Estado continental” suramericano.<sup>29</sup>

<sup>25</sup> Juan Enrique Gugliamelli, *Geopolítica del Cono Sur* (Buenos Aires: El Cid Editor, 1979), 70.

<sup>26</sup> Felipe Herrera, *América Latina integrada* (Buenos Aires: Losada, 1964), 36.

<sup>27</sup> Herrera, *América Latina...*, 23.

<sup>28</sup> José Felipe Marini, *Geopolítica latinoamericana de la integración* (Buenos Aires: Humanitas, 1987).

<sup>29</sup> Methol Ferré, *Los Estados...*



## Continentalismo y nacionalismo

El historiador uruguayo Vivian Trías<sup>30</sup> identificaba tres tipos de nacionalismo: el nacionalismo anti-feudal y demoliberal de las revoluciones de 1830 y 1948; el nacionalismo imperial, que en Francia se expresó a través de la “*grandeur*”, en Estados Unidos en el “destino manifiesto” y, más tarde, en Alemania en la “superioridad racial”. Según Trías, la agresión de los imperialismos y las consecuencias en la ruptura del sistema internacional por las guerras mundiales del siglo XX, dieron lugar a un tercer tipo de nacionalismo: un “nacionalismo anti-imperialista” que en América Latina está ligado a valores humanistas con raíces ibéricas y a los fundamentos sociales inspirados en la revolución estadounidense, la haitiana,<sup>31</sup> la propia hispanoamericana y, más tarde, la mexicana. Como indicamos anteriormente, podría denominarse, asimismo, “nacionalismo periférico”.

Si bien en América Latina existen varios nacionalismos que pueden entrar en esta denominación, no es adecuada para identificar los rasgos específicos del nacionalismo continentalista que hemos intentado descifrar a lo largo de este trabajo. A pesar de que Trías incluye a Alemania entre los “nacionalismos” imperiales, se percibe mucha conexión entre los orígenes de éste y el latinoamericano. Un elemento que se relaciona con lo económico y que en la unificación alemana tiene como eje la “unión aduanera” (*zollverein*) como un formato de integración regional. Los planteos alemanes, además, se daban desde una posición periférica a la gran potencia industrial de Gran Bretaña y, más tarde, con respecto a Estados Unidos. Las miradas latinoamericanas también iban hacia Japón y el movimiento de modernización de este país, a través de las llamadas reformas Meiji durante fines del siglo XIX. También, se

<sup>30</sup> Vivian Trías, “Bolívar. Personajes y episodios”, en *Obras de Vivian Trías*, t. 15 (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1992), 72.

<sup>31</sup> En este pasaje, Trías sólo se refirió a la norteamericana y la francesa. Se agregan aquí las otras, dado que les corresponde un lugar de avanzada en el proceso de modernización occidental y la construcción de los derechos humanos. Es, además, dudoso incluir a la francesa como modelo, al mismo tiempo que se habla de la “periferia”.

seguía con atención el posterior planteo modernizador chino del Kuo-mintang (Partido Nacionalista Chino), dirigido por Sun Yat-Sen.<sup>32</sup>

Estos nacionalismos fueron reacciones unificadoras para confrontar grandes potencias imperiales, una línea que inspira al nacionalismo latinoamericano, en primera instancia, con respecto a las amenazas imperialistas ibéricas, pero más tarde también hacia otras potencias europeas y Estados Unidos. Es posible que, de haber triunfado tempranamente, el nacionalismo continental de Bolívar hubiera desarrollado una estrategia imperial propia, como hicieron otros; pero no triunfó, permaneciendo con características propias desde su concepción periférica, que se han nutrido de nuevos y modernos valores.

Distinto al nacionalismo que evolucionó en varios de los países nombrados, el latinoamericano ha ido adquiriendo como elemento sustancial la “cuestión social” y su lazo a los derechos democráticos y universales provenientes de las revoluciones republicanas de fines del siglo XIX. Bolívar entendió que la fragmentación llevaba a la vulnerabilidad y sometimiento ante las grandes potencias. Trías dejó claro esto cuando señaló que “Bolívar proclamó que la revolución nacional y popular de nuestras patrias será continental o no será. Eso es Bolívar puro”.<sup>33</sup> Si bien Bolívar entendió que su proyecto era imposible sin una política inclusiva hacia las masas, sólo lo vemos como un incipiente comienzo del nacionalismo continentalista, cuya concepción social e integracionista ha ido avanzando en un largo proceso histórico.

Hay quienes identifican al nacionalismo en Latinoamérica como una fuerza potente, pero en declive; algunos más, lo señalan como un club de debate entre intelectuales.<sup>34</sup> Desde otro ángulo, se pone al nacionalismo entre los tantos objetos a encontrar en el “mausoleo de moder-

<sup>32</sup> H. W. Arndt, *Economic Development. The History of an Idea* (Chicago/Londres: The University of Chicago Press, 1989), 16.

<sup>33</sup> Trías, “Bolívar. Personajes...”, 74.

<sup>34</sup> Joseph Grunwald, Miguel S. Wionczek y Martin Carnoy, *Latin American Economic Integration and U.S. Policy* (Washington D.C.: The Brookings Institution, 1972), 14.

nidades” latinoamericanas.<sup>35</sup> Este tipo de miradas hacia los procesos latinoamericanos tienen en común la constante historia del fracaso de la modernización, generalmente atribuida a la herencia de las “retrógradas” e “ineficientes” instituciones ibéricas.<sup>36</sup> Sin embargo, si bien los elementos claves del nacionalismo, en su expresión continentalista, tienen profundas raíces históricas, no parecen ser reliquia de ningún mausoleo. El continentalismo continúa existiendo, con cambios y adaptaciones, transformándose tanto en una noción ideológica o en parte de estrategias políticas y geopolíticas. Sin duda, es un tema que merece mayor investigación.

El continentalismo se transformó en nacionalismo gracias a un profundo arraigo popular. Algo que no existe, por ejemplo, en el continentalismo panamericano. Muchos factores intervinieron en el avance de la dimensión nacional-regional latinoamericana. La dimensión cultural jugó un papel importante y vale mencionar también, especialmente, el de la Iglesia católica, quien ya en el período colonial miraba a América con una proyección continental, más allá de las divisiones que hubiera entre Estados, fueran imperiales o no. En la geopolítica de la Iglesia católica, América, y más tarde América Latina, tomó una dimensión institucional propia desde la cual se fueron desarrollando identidades y visiones estratégicas denominadas “continentales”. Estos planteos se nutrieron de conceptos culturales-nacionales como el de Patria Grande, similar al de la “casa común”.<sup>37</sup> El primero referido a la región junto a la idea de “pueblo” y “patria”; y el segundo, a una visión de mundo en la cual se insertarían las unidades geopolíticas y espirituales de dimensión continental.

<sup>35</sup> Howard J. Wiarda, *The Soul of Latin America. The Cultural and Political Tradition* (New Heaven/Londres, Yale University Press, 2001), 210.

<sup>36</sup> Véase Claudio Véliz, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America* (Berkeley: University of California Press, 1994); o Douglass C. North, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

<sup>37</sup> Andrés Rivarola Puntigliano, “The Geopolitics of the Catholic Church in Latin America”. *Territory, Politics, Governance* 9, núm. 3 (2019): 468.

En el caso latinoamericano, el nacionalismo “continental” tuvo un fuerte avance hacia mediados del siglo XX, cuando jugó un papel de avanzada. Se hace parte así de lo que Benedict Anderson<sup>38</sup> denominara un “nacionalismo criollo” que, en el caso del latinoamericanismo, se transformó en una suerte de nacionalismo tercermundista. Un tipo de nacionalismo que, siguiendo a Frantz Fanon, se podría calificar de “liberador” en su afán antiimperialista, al igual que “continental”, en su búsqueda de una plataforma territorial de “gran espacio” para confrontar a las grandes potencias.

La necesidad de una dimensión “nacional” para la integración ha sido remarcada reiteradas veces: por ejemplo, en Juan Carlos Puig, al aseverar que “un nacionalismo regional” en convivencia con los Estados nacionales es “central para la construcción de una propuesta integracionista que trascienda las élites que la impulsan”.<sup>39</sup> Esto también se ha puntualizado a partir de la “geopolítica de la integración”, desde la cual se buscaba incluir la dimensión nacional en el planteo integracionista, como se puede ver en los trabajos de Luis Dallanegra Pedraza y Bernardo Quagliotti de Bellis.<sup>40</sup>

El “continentalismo”, como dimensión geopolítica o nacional de la integración, no formó parte del pensamiento “estructuralista” y “técnico” de la CEPAL, donde nunca hubo interés por la “caja de Pandora” geopolítica.<sup>41</sup> Si lo encontramos dentro del movimiento “desarrollista”, desde el cual se promueve la integración e industrialización, al mismo tiempo que se incluyen elementos nacional-populares. En Brasil

<sup>38</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres/Nueva York: Verso, 2006).

<sup>39</sup> Alejandro Simonoff y María Elena Lorenzini, “Autonomía e integración en las teorías del sur: desentrañando el pensamiento de Hélio Jaguaribe y Juan Carlos Puig”. *Iberoamericana-Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies* 48, núm. 1, Stockholm, Nordic Institute of Latin American Studies of Stockholm University (2019): 102. En <<https://doi.org/10.16993/iberoamericana.417>>.

<sup>40</sup> Véase Luis Dallanegra Pedraza, *Los países del Atlántico Sur. Geopolítica de la Cuenca del Plata* (Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1983).

<sup>41</sup> Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional* (México: El Colegio de México, 1987), 190.

esto tiene un impulso más decidido a partir del segundo gobierno de Vargas y los gobiernos posteriores. En la visión de la nueva geopolítica nacionalista, la industrialización iba de la mano del regionalismo y del continentalismo. Se trataba de un impulso nacionalista en sintonía con movimientos políticos con gran vocación internacional.

Las ideas de autodeterminación y democracia, así como la visión del “desarrollo”, entendido no sólo como “crecimiento”, sino como la mejora de todo el sistema social, encontraron, a partir de 1945, legitimidad irradiada por la ONU, cuya expresión regional era la CEPAL. En lo que respecta a nacionalismo y continentalismo, retornemos a Felipe Herrera, quien unió las distintas vertientes, agregando a su planteo regionalista la dimensión de “pueblos continente”. Herrera es clave en esto, ya que significó un punto de encuentro entre las vertientes estructuralista, desarrollista y nacionalista del regionalismo latinoamericano.

En la década de 1990, se produjo con más precisión la sinergia con la geopolítica a través del trabajo de Alberto Methol Ferré, quien encontró claramente estos elementos comunes al reintroducir el pensamiento de Felipe Herrera y rescatar de Perón la idea del núcleo central de la integración en la alianza argentino-brasileña, proyectarla a la creación de una unidad geopolítica suramericana y conectarla con la idea macro-nacional del latinoamericanismo.

Como se ha planteado, desde Brasil, se proyectó también la dimensión continental suramericana con su punto culminante en la creación de la Unión de Naciones del Sur (Unasur) en 2008. Sin embargo, en el caso brasileiro, esta dimensión tuvo poca elaboración respecto a la dimensión “nacional” del proyecto de integración suramericano.

Es importante recordar que estas dimensiones continentales (latinoamericana y suramericana) conviven con la “continental”, americana. El panamericanismo retornó con fuerza durante la política del “buen vecino” del presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), en la cual se promocionaron ideas de “solidaridad hemisférica”, identidades comunes, así como un movimiento revisionista histórico

interamericano.<sup>42</sup> En 1948, se reinventó en la Organización de Estados Americanos (OEA) y reapareció en la propuesta del gobierno de Brasil de una Operación Panamericana (OPA) para promocionar el desarrollo de los países latinoamericanos, así como en la llamada “Alianza del Progreso”, liderada por el gobierno del presidente John F. Kennedy (1961-1963). Esta iniciativa, que giraba en torno a elementos relacionados con democracia y desarrollo,<sup>43</sup> se cambió a mediados de los años sesenta por la Doctrina de Seguridad Nacional, por la cual el péndulo se alejó de la integración y fue hacia la dimensión hegemónica en la Doctrina Monroe. En el contexto de la guerra fría y la polarización a partir de la revolución cubana de 1959, tomó fuerza la dimensión antiimperialista del “latinoamericanismo”, que algunos sectores transformaron en una alternativa “continental” al imperialismo e incluso al capitalismo.

### Expresiones actuales del continentalismo

La guerra de las Malvinas en 1982 es un punto de inflexión con respecto al continentalismo. Argentina recurrió a Estados Unidos para pedir apoyo en nombre de la Doctrina Monroe, pero éstos lo negaron; en cambio, sí recibió apoyo desde Brasil, Perú e incluso desde Cuba. A partir de esto, comenzó un giro en las fuerzas armadas argentinas que llevaron a la apertura democrática y al acercamiento con Brasil, durante la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989). Es importante mencionar también el papel de México en el gradual retorno del continentalismo, ya latinoamericano, en la política regional. México siempre intentó mantener una política exterior independiente de Estados Unidos. Además de conservar relaciones con Cuba, es México quien encabezó el Grupo de Contadora, creado en 1983 para ofrecer una mediación de la región al conflicto centroamericano. En 1986, este Grupo evolucionó

<sup>42</sup> Hanke Lewis, *Do the Americas have a Common History? A Critique of the Bolton Theory* (Nueva York: Alfred A Knopf, 1964), 269.

<sup>43</sup> L. Ronald Scheman, *The Alliance of Progress. A Retrospective* (Nueva York: Praeger, 1988).

a través de la creación del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, conocido como Grupo de Río, donde participaron 23 países de la región. Esto significaba un mecanismo propio de consulta para los países latinoamericanos y una voz conjunta que se transformó en un espacio alternativo al proceso panamericano de la OEA.

Sin embargo, después del fin del período de gobiernos autoritarios en América Latina, el panamericanismo se reinventó nuevamente en la propuesta estadounidense de crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), lanzada inicialmente por el presidente George H. Bush (1989-1993) en su Iniciativa para las Américas (junio de 1990). Nada nuevo bajo el Sol: se trataba simplemente de un nuevo intento de retornar al proceso fracasado de 1889, pero esta vez proponiendo un acuerdo de libre comercio, no una unión aduanera.

A diferencia del impulso de 1889, surgió esta vez una respuesta organizada desde América Latina, con la creación de una *zollverein* del sur: el Mercado Común del Sur (Mercosur) en 1991. Al mismo tiempo que se dimensionó el regionalismo desde Suramérica, surgió también por primera vez una dimensión continental verdaderamente norteamericana, a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), de 1994, entre México, Estados Unidos y Canadá. Esto incorporó a México al espacio continental, económico, norteamericano, y creó una barrera para el continentalismo latinoamericano, cuya esperanza de adquirir fuerza geopolítica pasa por la consolidación de la integración suramericana. El punto clave en este sentido se dio, a partir del Mercosur, en la creación de la Unasur, donde se intentó (por primera vez) institucionalizar la coordinación de países de la región en temas de industria y defensa. A pesar del distanciamiento mexicano, no desapareció la dimensión latinoamericana, que también se reinventó en la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en 2010. Un elemento a resaltar respecto a la “reinención” es que, por primera vez, se incluyó en lo latinoamericano a los países del caribe no hispanoparlantes.

Como bien se sabe, a partir de 2015, comenzó un giro político en América Latina que resultó en un debilitamiento de las organizaciones regionales en todas las dimensiones de relevancia. Ello no quiere decir

que ninguna de éstas esté condenada a desaparecer; por el contrario, con una mirada a largo plazo, vemos la resiliencia en los procesos de integración y organismos regionales que muestran una gran capacidad de reinención.

Más allá de lo que se haga en el continente y las subregiones americanas, está claro que el proceso de construcción del nuevo orden global tiene una fuerte proyección regional y continental. La CELAC sigue activa con México actuando de pivote entre América del Norte y América Latina. Se mantiene la dimensión latinoamericana y se buscan formas de acercamiento con la norteamericana, promovida por fuertes corrientes migratorias y de comercio.

Durante el gobierno de Barack Obama (2009-2017), se había terminado oficialmente la Doctrina Monroe, reinstaurada durante el mandato del presidente Donald Trump (2017-2021). No está claro, todavía, para dónde irá el péndulo de la visión continental americana desde Estados Unidos, si seguirá el camino hegemónico de la Doctrina Monroe o la búsqueda de “solidaridad hemisférica” en lo que se ha visto como una “Gran América”.<sup>44</sup> Las propuestas en torno a una visión “plurinacional” de un Estado latinoamericano<sup>45</sup> podrían ser una contribución también a la dimensión continental americana.

<sup>44</sup> Hanke, Lewis, *Do the Americas...*, 19. Para el estudio de las dos visiones contrapuestas en este tema en Estados Unidos, véase Robert D. Kaplan, *The Revenge of Geography. What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate* (Nueva York: Random House, 2013) [original 2012] y Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity* (Nueva York/Londres: Simon & Schuster Paperbacks, 2004).

<sup>45</sup> Bolivia.com, *García Linera postula constitución de Estado Continental Plurinacional*, 6 de agosto de 2013. En <<https://www.bolivia.com/actualidad/politica/sdi/67913/garcia-linera-postula-constitucion-de-estado-continental-plurinacional>>.



## Conclusiones

La proyección continental se remonta a los orígenes mismos del proceso colonial dominado por los imperios ibéricos. A partir del período de independencia, surge el continentalismo con la creación de Estados Unidos, quien en su primera expresión institucional tiene una aspiración subcontinental norteamericana proyectada al continente americano a través de la Doctrina Monroe. Ésta es seguida por una respuesta regional hispanoamericana, pero de aspiración continental, desde las nuevas repúblicas ya independizadas de España.

También, tenemos en este período el surgimiento de un continentalismo luso-americano proyectado hacia el subcontinente suramericano, en estrecha colaboración con grupos políticos de países hispanoparlantes, pero dependiente del apoyo desde Brasil. Ésta es la matriz que se proyectará hasta el siglo XXI de las tres dimensiones continentales del hemisferio occidental. Una continental, americana, otra norteamericana y una suramericana. Entre éstas se encuentra la hispanoamericana, que después se transformará en latinoamericana y que no es geográficamente continental, sino regional.

Respecto a las fuerzas promovedoras de estas constelaciones de integración, tenemos intereses económicos, sociales, culturales y hasta religiosos. Se agregaría incluso la influencia de fuerzas externas al continente americano, en algunos casos promocionando procesos integracionistas y, en otros, obstruyéndolos. No ha habido espacio en este capítulo para tratar esto con mayor profundidad, pero los condicionantes del sistema internacional, en lo económico y geopolítico, deben ser tomados en cuenta en el análisis de los procesos de integración. En este sentido, se ha mostrado en este capítulo la importancia de las ideas que, desde lo económico, muestran el papel que ha tenido la dimensión del “desarrollo” en la promoción del interaccionismo en el espacio latinoamericano. Otras dimensiones importantes son desde lo político e internacional, en los cuales la búsqueda de la “autonomía” se transforma en un elemento central en la proyección territorial de los Estados. La geopolítica aparece como una conjunción entre ambas, al menos en relación con la “geopolítica de la integración”, a lo cual también se

agrega la dimensión “nacional”. El nacionalismo regional y continental es un elemento de suma importancia para el análisis de las fuentes de promoción, imaginación y proyección, con orientación geopolítica.

El aporte latinoamericano al pensamiento integracionista, a través del continentalismo, es de gran relevancia. Lo vemos en todas las dimensiones presentadas en este capítulo. Si bien muchos asocian la dimensión continental americana con Estados Unidos, observamos que éste es producto de una evolución de ideas e identidades de las cuales también han sido parte los latinoamericanos. El rechazo a la visión continental hegemónica produce una alternativa regional y “continental”, que es la de América Latina. Este es, asimismo, el caso de la dimensión continental suramericana que, como las otras, en algunos casos se complementa y en otros puede manifestar sus particularidades.

Un aporte del pensamiento latinoamericano está en la confluencia de dimensiones y vertientes mencionadas en este capítulo. En primer lugar, el elemento nacional, construido a través de conceptos como Patria Grande. En segundo, el económico, en el cual el concepto del “desarrollo” ha jugado, y lo hace aún, un papel fundamental. En tercer lugar, está la dimensión geopolítica, en cuyo marco se proyecta la dimensión territorial del bloque regional, en búsqueda de la mayor posible “autonomía” en el sistema internacional. En otras palabras, es a su vez central para fijar prioridades propias en lo que respecta a una política sostenida de desarrollo, lo cual no se podrá dar si la población no adopta elementos de “solidaridad regional” que se pueden proporcionar a partir del “nacionalismo regional” o “continental”. Desde el punto de vista analítico, ha sido un problema que muchas de estas vertientes de pensamiento hayan surgido y visto por separado. Está en futuras generaciones continuar en la senda de las confluencias que, si no se dan en el marco de las ideas, dificultará mucho que se den en el de la práctica.